Práctica manipuladora y estrés. Una discusión inicial

*Margarita Pulido Navarro, Ricardo Cuéllar Romero**

Resumen

Los mecanismos del cuerpo para responder al estrés están inscritos en los esfuerzos de éste para sostener su autorregulación fisiológica y evitar daños a la salud, sin embargo esos mismos mecanismos pueden dar lugar a daños cuando las situaciones estresantes se prolongan indefinidamente.

La actividad laboral es una fuente cotidiana de estrés prolongado y siendo un proceso claramente social subsume al proceso salud-enfermedad. La sociedad capitalista plantea al ser humano una experiencia de vida caracterizada por la inseguridad, por la preocupación.

El trabajo tan fragmentado y despersonalizado de la sociedad capitalista se convierte en mera manipulación, deja de ser una manifestación del hombre, y el hombre se convierte en una manifestación del trabajo.

Palabras **clave:** actividad laboral, manipulación, preocupación, estrés.

Abstract

*

Body stress response mechanisms are inscribed in body efforts to maintain its physiologic self-regulation and prevent health damage, even though the same mechanisms might turn harmful during lasting and unlimited stressing conditions. Labor activities are an everyday source of unlimited stress, clearly a social process and, as such, adopting the health-disease process characteristics. Capitalist society faces human being with a life experience characterized by insecurity and preoccupation. Capitalist society's labor highly fragmented and lacking personalization transforms in manipulation only, is no more human being expression, but turns human being into work expression.

Keywords: labor activity, manipulation, preoccupation, stress.

* Docentes de la Maestría de Ciencias en Salud de los Trabajadores, UAM-Xochimilco.

Fecha de recepción: 14 septiembre de 2006.

Fecha de aprobación: 8 de diciembre de 2006.

Introducción

Al enfrentar una situación que le genera tensión, sea por sentir amenazada su seguridad, su integridad o hasta su vida, el organismo pone en marcha una serie de mecanismos dirigidos a responder a aquello que le originó estrés. El cuerpo lleva a cabo su autorregulación fisiológica en base a ejes de funcionamiento, en virtud de los cuales se da una comunicación bidireccional entre los sistemas nervioso, endocrino e inmune¹. De hecho, ante situaciones estresantes la respuesta inmune se altera (Adher y Cohén, 1995; Klingere *et al.*, 2005); el eje reproductivo puede ser afectado y es posible, en tal caso, observar la supresión de la función gonadal como consecuencia de la activación crónica del eje hipotálamo-hipófisis-suprarrenales, que ocurre bajo condiciones de estrés constante (Kiecolt-Glaser, *et al.*, 2002; Charmandari, *et al.*, 2005). Las situaciones estresantes prolongadas también pueden afectar al eje del crecimiento (Fernández, 1999; Charmandari *et al.*, 2005; Chorusos, 2002). Con frecuencia se observan alteraciones a nivel metabólico y el sistema cardiovascular se ve involucrado en esos cambios a partir de la activación crónica del eje hipotálamo-hipófisis-suprarrenal y del simpático o adrenal (Hjemdahl, 2003).

Se sabe, pues, que el organismo se regula por la interrelación de varios sistemas que funcionan al unísono con mecanismos de retroalimentación, incrementando o disminuyendo la actividad de sus componentes conforme es requerido y de acuerdo al estado que guarda la relación con el mundo exterior o el medio interno.

Desde hace mucho tiempo ya se sabía que el sistema nervioso constituía el sistema de relaciones con el mundo externo, sin embargo, tal entendimiento era más bien mecánico; nos atrevemos a decir que gracias a la separación entre la biología y las ciencias sociales ese conocimiento se mantuvo estático durante un considerable lapso.

El estudio del estrés, desde sus iniciadores Cannon y Selye hasta nuestros días, ha permitido esclarecer la poderosa influencia que los procesos sociales ejercen sobre los biológicos; al punto que podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que los procesos biológicos, entre ellos el de salud enfermedad, son subsumidos por los procesos sociales.

¹ Ese conocimiento ha dado lugar a la formación de una nueva disciplina, la psiconeuroendocrinoinmunología, que contempla la acción conjunta, bidireccional entre los sistemas nervioso, endocrino e inmune.

Uno de los procesos sociales que con más claridad ha mostrado esa influencia sobre el proceso salud-enfermedad es el trabajo, entendido como actividad laboral.² Sin embargo, la presencia de lo social, por así decirlo, en el ser humano, en su biología, en su psique, es más amplia y, en cierto sentido, de más largo alcance, en el espacio y en el tiempo, que la actividad laboral.

En estas circunstancias, la finalidad de este ensayo es presentar unas sencillas consideraciones que contribuyan a pensar el fenómeno del estrés desde cierta perspectiva de lo social. Nos interesa, en particular, plantear ciertos atributos de la sociedad moderna, esto es, de la sociedad capitalista, que de suyo le plantean al ser humano una experiencia de vida caracterizada por la inseguridad, por la preocupación. Desde luego, también nos permitimos incorporar una serie de consideraciones que ayuden a interpretar el asunto del estrés aun en una vertiente meramente fisiológica. Ambas pretensiones dan cuenta de la estructura expositiva de este ensayo.

El destino de la sociedad capitalista comienza a ser considerado con cierto peso desde el mismo inicio del siglo XIX. En este periodo toma forma la tesis de David Ricardo (1772-1823) que, en el propio interior del proceso de acumulación de capital, busca la causa que podría determinar una caída de la tasa de ganancia, magnitud de cuya suerte depende el destino de la economía capitalista. Contemporáneamente Jean Charles Léonard Simonde de Sismondi (1773-1842), aunque no en forma sistemática, observa los efectos desintegradores del equilibrio del sistema derivados de la competencia y de la producción para un mercado ampliado. Es el primer autor, junto con Malthus (1766-1834), en atribuir a la nueva sociedad una tendencia endógena a la inestabilidad por deficiencia de demanda efectiva.

Pero es con Carlos Marx (1818-1883), sin embargo, que el problema de las contradicciones internas del modo capitalista de producción se convierte en el objeto central del análisis económico y político. Y es con él que el fenómeno de las "crisis económicas", lejos de ser considerado como una desviación accidental respecto a un equilibrio predeterminado,

² "Aunque parezca que no hay nada más conocido y banal que el trabajo, está demostrado que esta pretendida banalidad y notoriedad se basan en un equivoco, a saber: en la representación cotidiana y en su sistematización sociológica no se piensa el trabajo en su esencia y generalidad, sino que por trabajo se entienden los procesos de trabajo, las operaciones laborales, los diversos tipos de trabajo, etc." Más adelante: "El trabajo en su esencia y en su generalidad, no es actividad laboral u ocupación que el hombre desarrolla y que, de rechazo, ejerce una influencia sobre su psique, sus hábitos y su pensamiento, es decir, sobre esferas parciales del ser humano. El trabajo es un proceso que invade todo el ser del hombre y constituye su carácter específico." (Kosik, 1976: 215, 217).

resulta ser el elemento que caracteriza y determina desde el interior la dinámica del sistema burgués de producción.

La situación y crisis del fenómeno que pudiéramos denominar "hombre moderno"³ implica, para algunos autores⁴, el transitar del concepto de alienación al de cosificación. Se parte del hecho de que una sociedad, esto es, una economía de mercado tiende a convertirlo todo en mercancía, tendencia que Marx llamó "fetichismo de la mercancía".⁵ En primer término, la conversión del hombre en fuerza de trabajo. Proceso susceptible de una doble resolución. En primer lugar se convierte en fuerza de trabajo, a decir de la economía no marxista, en factor de producción. Así, como fuerza de trabajo es un vendedor en el mercado, pero en el proceso de producción, se tiende a tratarle como objeto, nada más que como fuerza de trabajo. La segunda posibilidad de convertir al hombre en objeto consiste en transformarle en consumidor. Satisfechas o no sus necesidades básicas se crean, se imponen, o tras necesidades nuevas. El hombre se encuentra sometido a una propaganda, a una publicidad constante a fin de que compre y consuma, puesto que el consumo elevado es una condición importante para el crecimiento de la economía capitalista. Por último, el desarrollo tecnológico conduce a la aparición de espacios, de estructuras burocráticas en las cuales el hombre se convierte de nuevo en objeto. De este modo, fuerzas impersonales, fuerzas "ciegas" dirigen su vida en una economía mercantil capitalista. Sus posibilidades de planificación, de control, de dominio consciente, disminuyen progresivamente.

Así las cosas, la propia dinámica de la sociedad capitalista, de la llamada modernidad occidental, involucra para el ser humano una experiencia histórica caracterizada por, siguiendo a Engels y a Rosa Luxemburgo, la "inseguridad de su existen-

cia".⁶ El devenir histórico burgués acarrea una inversión fundamental, un cambio completo de posición por el que el trabajo ya no es una manifestación del hombre, sino el hombre una manifestación del trabajo. En cierto sentido, se podría decir que el trabajo, para el ser humano, sólo es mera actividad laboral, mera práctica manipuladora.

El trabajador, el asalariado, al ser simplemente el vehículo, el portador de la mercancía fuerza de trabajo, no sólo enajena su instrumento de labor, el control y ritmo de su proceso de trabajo, sino enajena también el control de su corporeidad y sus facultades. El obrero, es cierto, es el propietario de su fuerza de trabajo, de su capacidad de trabajo, esto es, de sus energías físicas e intelectuales. No obstante, estas "energías, inseparables de la personalidad viviente, se abstraen (o separan) del hombre hasta tal punto, que se presentan como mercancías, es decir, como un "valor" que tiene por "cuerpo" (o "valor de uso") al hombre." (Colleti, citado en Bedeschi, 1975:187)

La reducción del hombre, esto es, de un ser integral existencia!, únicamente a fuerza de trabajo, sin embargo, por paradójico que pueda parecer, no es siempre una realidad para el trabajador. Desde los Manuscritos económico-filosóficos, Marx advertía que, excepto la del trabajador, no existía en el capitalismo reconocimiento de la persona. Citamos *in extenso* a Marx:

El trabajador produce capital y el capital lo produce a él. Así produce a sí mismo y el hombre como trabajador, como mercancía, es el producto de todo el proceso. El hombre es simplemente un trabajador y como trabajador sus cualidades humanas sólo existen en función del capital, que le es ajeno... Tan pronto como el capital —necesaria o voluntariamente— no existe ya para el trabajador, éste no existe para sí mismo; no tiene trabajo, no recibe salario y, como sólo existe como trabajador y no como ser humano, puede dejarse enterrar, morir de hambre, etcétera. El trabajador es sólo un trabajador cuando existe como capital para sí y sólo existe como capital cuando el capital existe para él... La economía política no reconoce, pues, al trabajador desocupado, al trabajador en tanto se encuentre fuera de esta relación de trabajo. Los estafadores, ladrones, mendigos, desempleados, los trabajadores que mueren de hambre y de pobreza o los criminales son figuras que no existen para la economía política, sino sólo para otros ojos: para los doctores, los jueces, los enterradores, los alguaciles, etcétera... (Marx, 1975: 112, H9y 120).

¹ Para los fines de este ensayo, la siguiente definición de modernidad es suficiente: "...la noción más comúnmente utilizada de modernidad se refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa a partir del siglo xvii aproximadamente y que se difundieron desde el Siglo de las Luces a nivel mundial." (Solé, 1998: 238).

³ Véase Lukács (1969).

⁵ Mandel, un destacado autor marxista, ha dicho que el capitalismo monopolista, el capitalismo tardío, lejos de representar una sociedad "postindustrial", "constituye la industrialización universal generalizada por primera vez en la historia. La mecanización, la estandarización, la superespecialización y la realización del trabajo, que en el pasado determinó sólo el dominio de la producción de mercancías en la industria propiamente dicha, penetra ahora en todos los sectores de la vida social" (Mandel, 1972: 369).

"La formación de la economía mundial capitalista trae consigo como contrapartida la difusión de una miseria cada vez mayor, de una carga insostenible de trabajo y de una creciente inseguridad de la existencia en todo el globo, que corresponde a la concentración del capital en pocas manos. La economía mundial capitalista significa cada vez más el consueñimiento de toda la humanidad al duro trabajo bajo innumerables privaciones y dolores, bajo la degradación física y espiritual, con la finalidad de la acumulación de capital" (Luxemburgo, 1972: 239).

El surgimiento de la modernidad, desde luego, alentó, desde otras plataformas ideológicas, comentarios, desarrollos verdaderamente críticos de la nueva sociedad. Si bien algunos destacados autores, por ejemplo Ernst Cassirer, señalan, a nuestro modo de ver en forma correcta, que al hombre se le debe definir como un animal simbólico y que su nuevo camino abierto, es el camino de la civilización (Cassirer, 2000: 49); otros, Freud en primer plano, con su *El malestar en la cultura* (Braunstein, 2001: 225), darán pie al siguiente planteamiento: si hubiese bienestar, no habría cultura.⁷

La idea de modernidad, de civilización, por supuesto, contiene la de progreso. Es entre los pensadores de la Ilustración escocesa y de la francesa donde mejor aparece enunciada la idea de progreso. Para todos ellos, aunque introduzcan diversos matices, la sociedad civilizada supone el logro que permite al hombre realizarse como hombre, alcanzar el potencial de su naturaleza humana. Y el progreso, esto es, el ser humano sólo se entiende como progresión histórica y ...como razón instrumental.

Ahora bien, todavía hemos de decir, siguiendo a un autor que nunca dejaremos de alabar, Karel Kosik, que como una manifestación, es decir, como el aspecto fenoménico del trabajo abstracto y del carácter cosificado de la práctica en nuestra sociedad, se presenta el paso histórico del "trabajo" al "preocuparse".⁸ Para él, la preocupación, que es "la trasposición subjetiva de la realidad del hombre como sujeto objetivo", es el modo primordial y elemental de existir la economía para el ser humano. Aclarando que "no es el hombre quien tiene preocupación, sino que es la preocupación la que tiene al hombre. El hombre no está preocupado o despreocupado, sino que la preocupación está presente tanto en un caso como en el otro".

La preocupación, continua Kosik, no es el estado de conciencia cotidiano de un individuo fatigado, que pueda ser superado mediante la distracción: "es el empeño práctico del individuo en el conjunto de las relaciones sociales, comprendidas desde el punto de vista de este empeño personal, individual y subjetivo."

⁷ En la literatura académica suele hacerse una importante distinción entre los conceptos de cultura y de civilización. Para los fines que aquí nos ocupan, no es necesario realizar tal distinción. Entre la bibliografía que puede consultarse se encuentra Thompson (1998), Kroeber y Kluckhohn (1952), y Edward Bumet Tylor (1977).

* En lo que sigue nos basamos en el apartado intitulado "Metafísica de la vida cotidiana" del estupendo libro de Karel Kosik, *Dialéctica de lo concreto* (1976:83-91).

El preocuparse, como expresión fenoménica del trabajo abstracto, pone de relieve que el trabajo "está ya tan subdividido y despersonalizado que en todas sus esferas -tanto en la material como en la administrativa e intelectual- aparece como mero ocuparse o manipulación."

La tendencia inexorable a la cosificación de las relaciones sociales, implica que la actividad laboral se fragmenta, se divide en "miles de operaciones independientes, y cada operación tiene su propio operario, su propio órgano ejecutivo, tanto en la producción como en las correspondientes operaciones burocráticas." El trabajador, es decir, el manipulador, "no tiene ante sus ojos la obra entera, sino sólo una parte de ella, abstractamente separada del todo, que no permite una visión de la obra en su conjunto. El todo se manifiesta al manipulador como algo ya hecho, y la génesis sólo existe para él en los detalles, que de por sí son irracionales."

Como práctica en su aspecto "fenoménico enajenado", la preocupación "expresa la práctica de las operaciones cotidianas, en las que el hombre está implicado dentro del sistema de cosas ya acabadas". El hombre, el trabajador mismo, es objeto de manipulación. La práctica manipuladora convierte a los hombres en manipuladores, pero sobre todo, en objetos de manipulación."

En objetos de manipulación y... de control. Y ha sido Michel Foucault quien, en forma por demás insistente, nos ha hablado al respecto. En efecto, Foucault dedicó diversos trabajos al estudio de lo que él denominó "instituciones de sometimiento". (Foucault, 1979:9-26; y, Foucault, 1999: 169-257). De hecho, para él, la función principal del "gran panoptismo social" es transformar la vida de los hombres en fuerza productiva. Esta tesis, central en su pensamiento, la establece en términos verdaderamente críticos. Su argumentación sigue este recorrido.

Alguien dijo, advierte Foucault, que la esencia concreta del hombre es el trabajo. A decir verdad esta tesis fue formada por diversas personas. La encontramos en Hegel, en los poshegelianos y también en Marx, el Marx, como diría Althusser, de un determinado periodo; como no me intereso por los autores, sino por el funcionamiento de los enunciados, importa poco quién lo dijo o cuando se dijo. Lo que me gustaría mostrar es que en realidad el trabajo no es en absoluto la esencia concreta del hombre o la existencia del hombre en su forma concreta. Para que los hombres se encuentren de hecho en situación

⁸ Nunca está por demás, desde luego, recordar que esta es, en lo sustancial, la "esencia" del llamado "taylorismo-fordismo". Se puede consultar Taylor (1967) y Braverman (1975).

de trabajar, vinculados al trabajo, es necesaria una operación o una serie de operaciones complejas mediante las cuales los hombres se encuentran efectivamente -de una manera no tanto analítica cuanto sintética- ligados al aparato de producción para el cual trabajan. Para que el trabajo pueda aparecer como la esencia del hombre se necesita que el poder político realice una operación de síntesis. (Foucault, 1999: 255-256)

De manera consecuente con lo anterior, para Foucault no debiera ser posible aceptar pura y simplemente el análisis marxista tradicional que supone que como el trabajo es la esencia concreta del hombre, el sistema capitalista transforma el trabajo en beneficio, en sobrebeneficio o plusvalía. En efecto, el sistema capitalista penetra mucho más profundamente en nuestra existencia. Este régimen, tal y como se instauró en el siglo XIX, se ha visto obligado a elaborar todo un conjunto de técnicas políticas, técnicas de poder, por mediación de las cuales el hombre se encuentra ligado a una realidad como la del trabajo; todas estas técnicas constituyen un conjunto que hacen que los cuerpos y los tiempos de los hombres se conviertan en tiempos de trabajo y en fuerza de trabajo, de tal forma que puedan ser efectivamente utilizados para ser transformados en beneficio.

Pero, para que haya plusvalía, es preciso que haya subpoder; es necesario que una trama de poder político microscópico, capilar, enraizada en la existencia de los hombres se haya instaurado para fijar a éstos al aparato de producción, convirtiéndoles en agentes de la producción, en trabajadores. El vínculo del hombre con el trabajo sintético, político, es un lazo trazado por el poder. No hay sobrebeneficio sin subpoder. Hablo de subpoder, ya que se trata del poder que acabo de describir, y no del que tradicionalmente se conoce como poder político; no se trata de un aparato de estado, ni de la clase en el poder, sino del conjunto de pequeños poderes, de pequeñas instituciones situadas al más bajo nivel. (Foucault, 1999: 256)

En estas condiciones el "conjunto de pequeños poderes", los subpoderes, son los que condicionan la existencia de la plusvalía; los cuales, según Foucault, al establecerse y comenzar a funcionar provocan el nacimiento de una serie de saberes -saber del individuo, de la normalización, saber correctivo- que se multiplicaron en estas instituciones de subpoder, haciendo surgir las llamadas "ciencias del hombre" y al hombre en tanto que objeto de ciencia. (Foucault, 1999: 256-257)

De ahí que, entre otros asuntos, la destrucción de la plusvalía implica necesariamente el cuestionamiento y el ataque al subpoder; y con ello, está necesariamente ligado al cuestionamiento de las ciencias humanas y del hombre, considerado éste en tanto que objeto privilegiado y fundamental de un tipo de saber.

Práctica manipuladora y estrés. Una discusión inicial.

Con esto habría bastante como para evitar, siguiendo a Foucault, ubicar las ciencias del hombre en el terreno de la ideología "como si fuesen pura y simplemente reflejo y expresión, en la conciencia de los hombres, de las relaciones de producción". Entonces, los saberes y subpoderes se hallan enraizados mucho más profundamente, no solamente en la existencia de los hombres, sino también en las relaciones de producción. Y esto es así porque, para que existan las relaciones de producción que caracterizan a las sociedades capitalistas, es preciso que haya, además de un cierto número de determinaciones económicas, estas relaciones de poder y estas formas de funcionamiento del saber. Poder y saber se encuentran así profundamente imbricados, no se superponen a las relaciones de producción, sino que se encuentran muy profundamente enraizados en aquello que las constituye. (Foucault, 1999:257)

De este modo, para nuestro autor, las instituciones de sometimiento -la fábrica, el hospital, la escuela, la prisión, entre otras- están llamadas a cumplir diversas funciones. *La primera*, será la extracción de la totalidad del tiempo de la existencia humana para satisfacer las necesidades del mercado de trabajo y de las exigencias del trabajo, esto es, la de extraer el tiempo, haciendo que el tiempo de los hombres, el tiempo de su vida se transforme en tiempo de trabajo.

Todo el tiempo del obrero, no sólo el tiempo de su jornada de trabajo, sino también toda su vida, podrá ser efectivamente rentabilizado del mejor modo por el aparato de producción.

La segunda función de las instituciones de sometimiento es la de controlar simplemente sus cuerpos.

Hay algo muy sorprendente en estas instituciones. Y es que si bien todas ellas están aparentemente especializadas -las fábricas para producir, los hospitales, los psiquiátricos y otras instituciones para curar, las escuelas para enseñar, las prisiones para castigar-, el funcionamiento de las mismas implica una disciplina general de la existencia que supera ampliamente sus finalidades aparentemente específicas. Es muy curioso observar, por ejemplo, cómo la inmoralidad (la inmoralidad sexual) constituyó para los patronos de las fábricas, a comienzos del siglo XIX, un considerable problema. Y esto no se debía simplemente a los problemas de una natalidad mal controlada, al menos desde el punto de vista de su incidencia demográfica. La principal razón era que la patronal no soportaba la licenciosa vida obrera, la sexualidad obrera. Podemos preguntarnos también por la razón que llevó a que se prohibiese la actividad sexual, la práctica sexual, en los hospitales -psiquiátricos o no-, destinados a curar. Algunos apelan a razones de higiene; pero estas razones son marginales cuando nos enfrentamos a una decisión general,

tan fundamental y universal, en virtud de la cual un hospital -sea del tipo que sea- debe asumir no sólo la función específica que ejerce sobre los individuos, sino también la totalidad de su asistencia. ¿Por qué en las escuelas no se enseña únicamente a leer, sino que además se obliga a los escolares a lavarse? Se produce aquí una especie de poliformismo, de polivalencia, de indiscreción, de falta de discreción, de sincretismo de esta función de control de la existencia. (Foucault, 1999:251-252)

Ya con estas consideraciones conceptuales, Foucault está en condiciones de señalar que, en el fondo, el objetivo no es sólo extraer y apropiarse de la cantidad máxima de tiempo, sino también controlar, valorar y adiestrar el cuerpo de las personas de acuerdo a un sistema determinado. Así, el "cuerpo dejó de ser aquello que debía ser ajusticiado para pasar a ser aquello que debía ser formado, reformado, corregido, aquello que debía adquirir aptitudes, recibir un cierto número de cualidades, cualificarse en tanto que cuerpo capaz de trabajar." (Foucault, 1999:252).

Están a la vista las consecuencias: la función de transformación del cuerpo en fuerza de trabajo corresponde a la transformación del tiempo en tiempo de trabajo.¹⁰

La tercera función de las instituciones de sometimiento implica, por sí lo anterior fuera poco, la creación de un nuevo y curioso tipo de subpoder: un poder "judicial". En efecto, Foucault se pregunta:

¿Qué forma de poder se ejerce en estas instituciones? Un poder polimorfo, polivalente. Por una parte, en un determinado número de casos, nos encontramos con un poder económico. En el caso de la fábrica el poder económico ofrece un salario a cambio de un tiempo de trabajo en un aparato de producción que pertenece al propietario. Existe, además, un poder económico de otro tipo: el carácter remunerado del tratamiento, en un

determinado número de instituciones hospitalarias. Pero, por atraparle, en todas estas instituciones existe no sólo un poder económico, sino también un poder político. Las personas que dirigen estas instituciones se atribuyen el derecho a dar órdenes, el derecho a establecer reglamentos, a adoptar a otros. En tercer lugar, este mismo poder económico y político es también un poder judicial. En estas instituciones no solamente se dan órdenes, se toman decisiones, no solamente se garantizan funciones tales como la producción o el aprendizaje, sino que además se dispone del derecho de castigar y de recompensar, se tiene el poder de hacer comparecer ante las instancias judiciales. El micropoder que funciona en el interior de estas instituciones es, al mismo tiempo, un poder judicial. Resulta sorprendente que, por ejemplo en las prisiones: -instituciones a donde son enviados los individuos que fueron juzgados por un tribunal-, toda la existencia quede sometida a la observación de una especie de microtribunal, de pequeño tribunal permanente, constituido por los vigilantes y por el director de la prisión, quienes, desde la mañana hasta la noche, castigarán a los vigilados en función de su comportamiento. El sistema escolar está también fundado sobre una especie de poder judicial. En todo momento se castiga y se recompensa, se evalúa, se clasifica, se dice quién es el mejor y quién es el peor. En este tipo de instituciones funciona un poder judicial que, en consecuencia, reduplica -deforma bastante arbitraria si no se tiene en cuenta su función general- el modelo del poder judicial. ¿Por qué, para enseñar algo a alguien, se debe castigar y premiar? Este sistema parece evidente pero, si reflexionamos sobre él, vemos que tal evidencia desaparece. Si leemos a Nietzsche vemos que se puede concebir un sistema de transmisión del saber que no continúe estando integrado en un aparato de poder judicial, político, económico. (Foucault, 1999: 252-253).

Por último, para Foucault, las instituciones de sometimiento están llamadas a cumplir una cuarta labor, implican una cuarta característica del poder, un poder que, en cierto modo atraviesa e impulsa a los otros poderes: el poder epistemológico, éste es un poder capaz de extraer de los individuos un saber, un saber que además se refiere a estos propios individuos sometidos a la mirada, y controlados por estos diferentes poderes. Este proceso tiene lugar de dos modos. En una institución como la fábrica, por ejemplo, el trabajo obrero y el saber del obrero sobre su propio trabajo, las mejores técnicas, las pequeñas invenciones y descubrimientos, las micro adaptaciones que se pueden hacer durante el trabajo, son inmediatamente anotadas y registradas, extraídas por tanto de su práctica, acumuladas por el poder que se ejerce sobre los sujetos por medio de la vigilancia. De este modo, el trabajo del obrero se ve poco a poco integrado en un cierto saber de la productividad, o en un determinado saber técnico de la producción, que van a permitir que el control se refuerce. Observamos por tanto cómo se forma un saber extraído de los propios individuos, de su comportamiento mismo. (Foucault, 1999: 253).

Sin embargo, las cosas no se quedan allí. Existe además un segundo saber "epistemológico" que se forma también a partir de esta situación, un saber acerca de los individuos

¹⁰ "En esta tercera función de las instituciones de encierro mediante estos juegos de poder y de saber -poder múltiple y saber que se interfieren y se ejercen simultáneamente en estas instituciones-, radica la transformación de la fuerza del tiempo y de la fuerza de trabajo y su integración en la producción. Que el tiempo de vida se convierta en fuerza de trabajo, que la fuerza de trabajo se convierta en fuerza productiva, todo esto es posible mediante el juego de toda una serie de instituciones que, esquemáticamente, globalmente, las convierte en instituciones de encierro. Me parece que, cuando estudiamos de cerca estas instituciones de encierro, nos encontramos siempre, sea cual sea su punto de inserción, su punto específico de aplicación, un esquema general, un gran mecanismo de transformación: cómo hacer del tiempo y del cuerpo de los hombres, de la vida de los hombres, algo que sea fuerza productiva. El encierro asegura todo este conjunto de operaciones." (Foucault, 1999: 254).

que nace de la observación de los individuos, de su clasificación, del registro y del análisis de sus comportamientos, de su comparación. Surge

al lado de este saber basado en la observación, un saber en cierto modo clínico, como el de la psiquiatría, el de la psicología, el de la psicología social y el de la criminología. De este modo los individuos sobre los que se ejerce el poder son, o bien aquello a partir de lo que se va a extraer el saber que ellos mismos formaron y que será traducido y acumulado siguiendo nuevas normas, o bien objetos de un saber que permitirá también, igualmente nuevas formas de control. Así fue como nació y se desarrolló un saber psiquiátrico, por ejemplo, hasta llegar a Freud, que fue el primero en romper con él. El saber psiquiátrico se formó a partir de un campo de observación, una observación ejercida de forma práctica y exclusiva por los médicos, cuando detectaban el poder en el interior de un campo institucional cerrado, el manicomio, el hospital psiquiátrico. De igual manera, la pedagogía se formó a partir de las propias adaptaciones del niño a las tareas escolares, adaptaciones observadas y extraídas de su comportamiento para convertirse luego en leyes de funcionamiento de las instituciones escolares y en formas de poder ejercidas sobre el niño. (Foucault, 1999:254.)

Hasta aquí el pensamiento de Foucault acerca del panoptismo social y las instituciones de sometimiento con sus micropoderes y saberes correctivos.

La situación, no obstante, va más allá. Cuando el individuo ha llegado a ser sujeto-objeto; cuando ha pasado del "trabajar" al "preocuparse"; sujeto a una práctica manipuladora, que le disciplina, le controla, le corrige; cuando las relaciones de trabajo han llegado a ser relaciones cosificadas, es decir, entre personas tratadas como objetos "por directores científicos y expertos en eficiencia"; se pone de manifiesto, por si faltara algo, que esta situación ha condicionado, ha implicado, también, dado que a decir de Freud, el hombre no posee un "instinto de trabajo", una "sublimación" del trabajador:

...los instintos del individuo son controlados mediante la utilización social de su poder de trabajo. Él tiene que trabajar para poder vivir, y su trabajo exige no sólo ocho, diez, doce horas diarias de su tiempo y, por tanto, una correspondiente diversificación de su energía, sino que también exige durante estas horas y las restantes una conducta de acuerdo con los modelos y la moral del principio de actuación. Históricamente, la reducción de Eros a la sexualidad procreativa monogámica (que completa la sumisión del principio del placer al principio de la realidad) es consumada sólo cuando el individuo ha llegado a ser un objeto-sujeto de trabajo en el aparato de su sociedad... (Marcuse, 1970:102).

En estas circunstancias, al igual de lo que sucede en el plano más general de la sociedad, donde la cultura obtiene una gran parte de la energía mental que necesita sustrayén-

dola de la sexualidad" (Marcuse, 1970:95), en el trabajo enajenado "los impulsos del trabajo son alimentados así por la sexualidad inhibida de su meta". (Marcuse, 1970:95).

Así las cosas, creemos que en este lugar es legítimo establecer que el advenimiento del capitalismo en nuestro mundo, el advenimiento de la modernidad occidental, surgió, alentó, enormes esperanzas sociales. Muchos fueron los autores, en un principio hasta podríamos decir "de buena fe", que encontraron en la sociedad burguesa la posibilidad histórica de un desarrollo humano genuino, tanto en el plano material como en el político. Las grandes corrientes de pensamiento que, de origen, condicionaron, permearon todo el pensamiento social, el liberalismo y el socialismo (Wright, 1964), de una u otra forma, 'abrevaron en lo que parecía inaugurar la nueva sociedad: razón, progreso y libertad.

En una mirada por demás limitada, pero ilustrativa, eso esperamos, nos hemos permitido, sin embargo, poner de relieve, con el concurso de destacados autores, el carácter contradictorio, irregular, inseguro, de la sociedad capitalista. Una sociedad con sus tendencias históricas a la cosificación de las relaciones sociales, al tránsito del "trabajo" "al preocuparse", a la actividad laboral donde el hombre deviene en fuerza de trabajo que, cierto es, manipula, pero que también es manipulado, controlado y sometido a distintos saberes correctivos; una sociedad disciplinaria que ha creado cultura, civilización, para intentar inhibir a las personas, en sus manifestaciones realmente humanas, es, como podríamos decirlo, el ambiente, el contexto, el estado moderno real, en que el ser humano se vive, se percibe, como hombre también en su psique, en su corporeidad, en su biología. Vivencia que, como todo modo de existencia humana, tiene su propia cotidianidad. Ante la cual y en la cual, el hombre ha desarrollado, históricamente hablando, ciertas respuestas de adaptación.

Respuestas adaptativas que, no podía ser de otra forma, el hombre ha experimentado, ha vivido, en sociedad. Ello implica, también, que, por así expresarlo, entre lo social y lo biológico humano interactúan sentimientos, actitudes, conductas, ideologías, historias de vida, biografías, culturas, imaginarios, que, según las condiciones concretas en las que los individuos se desenvuelvan, condicionan la respuesta final de los procesos de adaptación y de la praxis humana."

" En este sentido, nos parece oportuno mencionar aquí los planteamientos de Bourdieu; que con sus conceptos de habitus, campos, capital cultural, social y simbólico, entre otros, ofrecen una oportunidad valiosa en la dirección apuntada. Véase, entre otros trabajos: Bourdieu y Loic J. D. Wacquant (1995); Bourdieu (1990); Bourdieu (2003); y, Boltanski (1975).

En la persona que se encuentra ante una situación estresante se produce una respuesta, misma que Selye denominó "Respuesta general de adaptación". Esta respuesta podemos describirla, en forma general, de la manera siguiente: la corteza cerebral identifica la situación de peligro, reto, amenaza, agresión, y envía impulsos nerviosos al hipotálamo. Éste produce el factor liberador de la hormona adrenocorticotrófica que estimula a la glándula hipófisis y ésta, a su vez, libera la hormona adrenocorticotrófica (ACTH). Esta hormona estimula a las glándulas suprarrenales que producen cortisol. Al mismo tiempo, otro eje es estimulado por la percepción de amenaza, es el simpático-adrenal que libera adrenalina y noradrenalina, entre otras hormonas.

El conjunto de hormonas liberadas tienen como función preparar al organismo para que sea capaz de elaborar una determinada respuesta conductual y fisiológica ante la amenaza, ya sea de enfrentamiento, huida o ataque, y es deseable que esa respuesta tenga lugar para lograr la supervivencia del organismo.

Hasta aquí se ha mostrado solo un panorama general de algunas de las modificaciones fisiológicas ocasionadas por el estrés; sin embargo, es necesario dejar bien claro que la activación originada por el estrés puede perturbar la autorregulación fisiológica y conductual del organismo, en la cual están involucrados mecanismos de interacción entre la mente y los sistemas nervioso, inmune y endocrino, interacción dada a partir de neurotransmisores, hormonas y mensajeros inmunológicos.

Se ha señalado que la vida depende de un equilibrio dinámico y complejo, que enfrenta constantemente retos reales o percibidos, de fuerzas opuestas: los estresores. El cuerpo y la mente humanas reaccionan al estrés activando una serie de respuestas adaptativas fisiológicas y conductuales que cuando son excesivas o prolongadas pueden afectar el desarrollo de la personalidad y el comportamiento, y ocasionar efectos adversos sobre funciones normales tales como: el crecimiento, el metabolismo de nutrientes, la circulación, la reproducción y la respuesta inmune inflamatoria.

La adaptación conductual incluye: aumento del estado de alerta, atención, vigilancia e inhibición de funciones vegetativas como el proceso digestivo, reproductivo, el crecimiento y la inmunidad. La adaptación fisiológica, por otra parte, se debe a la capacidad del organismo para llevar a cabo una redirección de la energía, en función de la cual el oxígeno y los nutrientes son conducidos hacia los sitios más necesarios. Los sitios donde se requiere mayor aporte de oxígeno y nutrientes en momentos de estrés son: el sistema nervioso central y aquellos órganos cuya respuesta da lugar a elevación del tono muscular y vascular, aumento de la frecuencia

respiratoria, la frecuencia cardíaca y al metabolismo intermedio con procesos como la gluconeogénesis, la lipólisis (Charmanadari *et al.*, 2005).

La liberación de cortisol, a partir de la activación del eje hipotálamo-hipófisis-suprarrenales, contribuye para que el organismo disponga de la suficiente energía para repeler la agresión o para la huida. Mientras el eje simpático-adrenal estimula la liberación de la glucosa almacenada en el hígado en forma de glucógeno, la producción de cortisol da lugar a la gluconeogénesis, es decir, a la formación de mayores cantidades de glucosa a partir de la movilización de lípidos y proteínas, con lo que se incrementa la glicemia por arriba del 50% (Guyton & Hall, 1998).

Cuando esto ocurre, la glicemia elevada estimula la producción de insulina por las células beta de los islotes de Langerhans del páncreas, pero, en aparente paradoja, la acción de la insulina se ve inhibida por los mecanismos de la respuesta ante el estrés. Se ha señalado (con base en experimentos llevados a cabo en modelos animales) que durante el estrés se produce una glicoproteína semejante a la transferrina sérica humana que bloquea los receptores de insulina e impide que la glucosa penetre a las células (Cruz y Vargas, 2000). Sin embargo, durante el ejercicio, los transportadores de glucosa (glut) incrementan su acción y la glucosa, entonces, puede penetrar a las células (Wright *et al.*, 2006; Geigere/a/.,2006).

El mayor problema tiene lugar cuando la percepción de peligro se mantiene por un tiempo prolongado y da lugar a la incertidumbre, a la derrota y hasta la evasión. En esa circunstancia, la respuesta del organismo también se mantiene constante. Cuando el estrés se vuelve crónico, la respuesta persistente del organismo provoca alteraciones a diferentes niveles, toda vez que la magnitud de la activación de los ejes del estrés, que se prolonga en el tiempo, es mayor a la que el organismo es capaz de reducir.

Ante la acción inhibida de la insulina debida al aumento de glucocorticoides mediado por el estrés, la glucosa sanguínea continúa elevándose y el páncreas, en consecuencia, sigue recibiendo la señal para liberar más insulina; para contrarrestar la resistencia a la insulina, produce mayores cantidades de esta hormona, incluso hasta llegar a la hiperinulinemia (Rosmond. 2003; Davy. 2004).

Diversos autores han señalado a la resistencia a la insulina como la alteración metabólica central a la vez que componente del síndrome metabólico. Este síndrome, que incluye obesidad visceral, resistencia a la insulina, dislipidemia e hipertensión arterial, está vinculado con la activación prolongada

del eje hipotálamo-hipófisis-suprarrenales y del simpático-adrenal, que son las vías principales del estrés (Hjemdahl, 2002; Brunner *et al.* 2002; Rosmond, 2003). Es importante señalar que el síndrome metabólico está ligado con padecimientos como la diabetes mellitus, la cardiopatía isquémica y la hipertensión arterial (GESM, 2002; Vitaliano *et al.*, 2002).

Además de promover el ingreso de glucosa a la célula, la insulina tiene otros efectos en el organismo. Da lugar al almacenamiento de grasa en el tejido adiposo por dos motivos: por una parte, inhibe a la lipasa, enzima que hidroliza los triglicéridos presentes en los adipocitos; por la otra, la insulina participa en la síntesis de alfa glicero fosfato, que proporciona el glicerol que se combinará con ácidos grasos para formar triglicéridos (forma de acumulación de ácidos grasos en el tejido adiposo) (Guyton & Hall, 1998; Boron y Boulpaep, 2005). El aumento de triglicéridos se ha asociado con la formación de placas de ateroma en los vasos coronarios.

La insulina también promueve la proliferación de músculo liso vascular y la retención de sodio (GESM., 2002; SSA, 2001). En el primer caso, la proliferación del músculo liso de los vasos sanguíneos, aunado a la vasoconstricción provocada por la activación del eje simpático adrenal (que libera adrenalina y noradrenalina), durante la activación persistente del eje hipotálamo-hipófisis-suprarrenales, fomenta la elevación constante del tono vascular, es decir, el aumento de las resistencias vasculares periféricas. Mientras que en la segunda situación, la retención de sodio, se acompaña de retención hídrica cuya duración puede acrecentar el gasto cardíaco (GESM, 2002).

Como podrá observarse, los dos componentes de la presión arterial, las resistencias vasculares periféricas y el gasto cardíaco, pueden verse incrementados. Éste pudiera ser el trasfondo que contribuye a la elevación sostenida de la presión arterial (hipertensión arterial sistémica) en aquellas personas sometidas a condiciones laborales estresantes en forma prolongada, observada en los estudios realizados por investigadores como Schnal y colaboradores y Carrillo (Schnal *et al.*, 1992; 1998; Carrillo, 1989).

Más aún, una elevación constante de la presión arterial, es decir, de la fuerza que ejerce la sangre sobre las paredes arteriales al circular por esos vasos, origina lesiones pequeñas en su endotelio, que a su vez condiciona, por un lado, una disfunción endotelial (Davy & Hall, 2004; Strike & Steptoe, 2002), las funciones del endotelio se ven alteradas, entre otras, la liberación de endotelina (efecto vasoconstrictor) y la de óxido nítrico (acción vasodilatadora) (GFISM, 2002); por el otro lado, también promueve la activación de los factores de la coagulación, como fibrinógeno y plaquetas.

que al adherirse al endotelio vascular pueden formar pequeños trombos a los que se agregan componentes lipídicos de la sangre, las lipoproteínas de baja densidad (Vitaliano *et al.*, 2002; Tanja *et al.*, 1999; Davy y Hall, 2003). Por cierto, se sabe que la percepción de bienestar disminuye los niveles de colesterol en la sangre y, por el contrario, el estrés los aumenta (Brunner, 1996).

El bienestar, asimismo, se ha asociado con niveles más elevados de lipoproteínas de alta densidad (HDL), reconocidas como elementos cardioprotectores (Brunner, 1996) porque favorecen el desprendimiento de grasa de las paredes arteriales; el estrés, en cambio, se relaciona con niveles bajos de HDL y elevados de lipoproteínas de baja densidad (LDL); éstas se fijan a los vasos sanguíneos favoreciendo su obstrucción. La obstrucción de las arterias coronarias es el evento más conocido en relación con estas modificaciones a nivel de los vasos sanguíneos. La formación de trombos en las arterias, seguida de la adhesión de LDL, puede llegar a obstruir la luz arterial, y con ello impedir el flujo sanguíneo, dando lugar a la isquemia cardíaca.

Por otra parte, los conocimientos actuales señalan que los neurotransmisores y las hormonas liberadas durante el estrés poseen receptores en las células inmunológicas y ejercen actividad sobre ellas. De esta manera, las citocinas, mensajeros de la inmunidad, son estimuladas o inhibidas, de acuerdo con las situaciones en dependencia estrecha con la duración del estímulo estresante. En consecuencia el estrés puede tener un impacto clínico manifestado en diversas alteraciones del sistema inmune afectando directamente la evolución de las enfermedades infecciosas, (Klinger, *et al.*, 2005) por ejemplo, aumentando la severidad del resfriado común (McEwen, 1998). También se le ha implicado en el inicio y progresión del asma, alergias, enfermedades autoinmunes y el cáncer (Klinger, *et al.*, 2005).

Un asunto que permite entender mejor la relación que existe entre las condiciones sociales y las respuestas biológicas del organismo, se da a nivel del eje del crecimiento; ejemplo claro es el síndrome de carencia afectiva o también llamado retraso de crecimiento psicosocial, que ha sido descrito desde hace mucho tiempo. En este síndrome, puede estar presente en los antecedentes la activación prolongada del eje hipotálamo-hipófisis-suprarrenal ya que, por un lado, se suprime la secreción de la hormona del crecimiento, y por el otro, los glucocorticoides inhiben los efectos de la insulina como factor de crecimiento y el de otros, que actúan sobre los tejidos blanco (Charmandari *et al.*, 2005).

La activación crónica del eje hipotálamo-hipófisis-suprarrenales, que ocurre con el estrés repetido, puede también

alterar la función del eje reproductivo con efectos inhibitorios a varios niveles: el factor liberador de corticotropina inhibe la secreción de factores hipotalámicos liberadores de gonadotropinas, y los glucocorticoides suprimen a la hormona luteinizante y la secreción ovárica de estrógenos y progesterona y hace a los tejidos blanco resistentes al estradiol. Entre otros efectos clínicos se encuentran: la amenoreas; osteoporosis; riesgo alto de fracturas; en mujeres embarazadas el estrés y la consecuencia activación del eje hipotálamo-hipófisis-suprarrenales puede condicionar trabajo de parto prematuro, (Chorusos, 1998; Kiecolt-Glaser, *et al.*, 2002; Charmandari, *et al.* 2005).

La actividad laboral y los daños a la salud relacionados con el estrés³

La morbilidad que suele estar presente con mayor frecuencia en las personas adultas que desempeñan una actividad laboral, que representa las principales causas de muerte en las poblaciones humanas, es con poca variación, la relacionada con el estrés. Las estadísticas señalan como principales causas de morbilidad y de mortalidad a las denominadas enfermedades crónico degenerativas. Enfermedades como: la hipertensión arterial, la diabetes mellitus, la cardiopatía isquémica, el cáncer, se encuentran entre las diez principales causas de muerte en países como México. Se trata de padecimientos relacionados con el estrés y las alteraciones fisiológicas que se dan a partir de su persistencia.

El trabajo, que bien diseñado puede dar lugar a la constitución de sujetos sanos, al desarrollo de sus potencialidades, a la convivencia armoniosa de los trabajadores involucrados en la actividad laboral, se encuentra desde hace tiempo inmerso en una serie de cambios impuestos por el modelo neoliberal de acumulación de capital. Sus procesos de trabajo y las formas de organización que instaura, están diseñadas para obtener de los trabajadores la mayor productividad.

No es difícil observar en los lugares de trabajo procesos productivos peligrosos, en los que se utilizan sustancias tóxicas, máquinas ruidosas, y se somete a los trabajadores a considerables exigencias. En la actividad laboral es posible encontrar numerosas situaciones que se ubican como generadoras de estrés prolongado en los trabajadores: jornada prolongada; rotación de turnos; exposición a ruido; sustancias tóxicas; peligros inminentes (como caídas en la industria de la construcción

y electrocución en la eléctrica); cuotas excesivas de producción y malos tratos (en la industria maquiladora, sobre todo); por solo mencionar algunas.

Es posible, asimismo, identificar en los trabajadores sometidos en forma crónica a tales situaciones diversas alteraciones en su salud. Numerosos estudios han reportado la presencia de trastornos de tipo psíquico, como: alteraciones del sueño, cefalea, irritabilidad, depresión, ansiedad; psicómicos como: hipertensión arterial, gastritis, úlcera péptica y colitis; y, trastornos relacionados con la depresión del sistema inmune como: rinitis y amigdalitis de repetición, sinusitis y cáncer (McEwen, 1998; Petery Siegrist, 1999; Tanja, *et al.*, 1999; Rosmond y Bjorntorp, 2000; Kang, *et al.*, 2004).

Como se observa se está hablando de la asociación de problemas de salud con ciertas situaciones que en forma simplista pudieran ubicarse en la esfera de las ciencias humanas; así, no faltaría quien quisiera aseverar que es asunto de la psicología, por ejemplo, aclarar cómo es que los tratos discriminatorios y con mal estilo, tan frecuentes en el medio laboral, pueden o no afectar al trabajador y condicionarle ansiedad, depresión, trastornos del sueño, entre otros efectos; y que, además, siendo materia de tal disciplina, se trataría de brindar al individuo la posibilidad de afrontar la situación sin ser afectado.

En una visión más amplia estamos en posibilidad de ubicar la descripción, interpretación y aún, la explicación, de tales condiciones nocivas en los cambios introducidos en el mundo laboral, a partir de la política económica neoliberal. Cambios que, en lo fundamental, introdujeron, a nivel del uso, de la gestión del trabajo, la flexibilidad de la fuerza de trabajo en las formas de organización del trabajo -que ha implicado la supresión de los límites legislativos a la extensión de la jornada, la modificación en las formas de contratación, remuneración y regulación de las condiciones de protección de los trabajadores; posibilitando, entre otros eventos, el ajuste del número de empleados según las necesidades de la producción y del mercado, el pago por horas trabajadas y la inestabilidad laboral.

A esa flexibilidad el capital ha podido acceder a través del debilitamiento cuando no de la supresión de hecho, de las organizaciones obreras, incapaces de defender los más elementales derechos laborales; aunque éstos estén consignados en una extensa legislación laboral a la que, por cierto, se pretende echar por tierra. La iniciativa de modificar la legislación laboral, pese al papel tan importante que ha jugado en lo económico e ideológico para el control político de los trabajadores, es decir, de la legitimación del estado capitalista (aunque en numerosas ocasiones haya sido incumplida) (Cuéllar

³ No podemos detenernos aquí en la enorme riqueza de esta reflexión que bajo muchos aspectos constituye una contribución notable. Sólo nos detendremos en un planteamiento a manera de "ilustración" de lo que aquí se propone.

y Villegas, 1996), tiene la clara intención de limitar al máximo la posibilidad de defensa de los logros históricos laborales.

La acentuación en la nocividad de las condiciones de trabajo a que da lugar la flexibilidad laboral ha incrementado notablemente la morbilidad de los trabajadores, tal como hace ya varios años pronosticaban estudiosos de la salud en el trabajo, en el sentido de que la política neoliberal, con la modificación resultante de las formas de organización del trabajo a partir de la flexibilización, se traduciría en un aumento importantísimo de la morbilidad laboral en padecimientos que todavía no son reconocidos como de trabajo, pero que están asociados con las múltiples exigencias, incrementadas todavía más con las modificaciones en las formas de organización del trabajo (Cuéllar y Noriega, 1995).

Es cierto, sin embargo, que las nuevas tendencias de organizar el trabajo no sustituyen del todo a las viejas formas con las que se ha logrado, en otros tiempos, acrecentar la acumulación de capital. Esas formas, el taylorismo y el fordismo, siguen en uso; la flexibilidad laboral contribuye en esa intención, nunca colmada, del capital de incrementar sus ganancias a costa del trabajador al que se le presenta n más y más exigencias.

El trabajador podrá o no cubrir esas múltiples exigencias que se le reclaman, pero tarde o temprano los efectos en su salud serán notorios. Por ello no es sorprendente que en el momento actual se haya advertido que existe un crecimiento casi epidémico de aquellas enfermedades cuya mayor prevalencia se observa en las personas que tienen edad para desempeñar una actividad laboral (población económicamente activa): las denominadas enfermedades crónico-degenerativas (Tamez y Araujo, 2002)¹⁴; y que esta problemática se observe con gran frecuencia en los países del "tercer mundo" (Murray y López, 1997), precisamente en aquellos donde también tiene lugar la transferencia de ciertos capi-

tales, de ciertos procesos de producción, en los que la actividad laboral implica altos riesgos y menores prerrogativas para los trabajadores.

En la línea de lo apuntado hasta aquí, quizá podrá ser de alguna utilidad concluir así. ¿Qué tipo de conocimiento debe ser el más adecuado para comprender al ser humano? Es necesario afirmar presurosos que debe tratarse de un conocimiento que se proponga anudar lo individual y lo cultural en un espacio único, y que, en primer lugar, buscará desembarazarse de buena parte de la tradición epistemológica cartesiana, dualista, que ha configurado el modelo de conocimiento de las ciencias humanas y sociales. Efectivamente, los dualismos individuo-sociedad, personalidad-cultura, o sujeto-objetivo, entre otros, han impregnado la visión que de la realidad humana ha producido la ciencia social, con lo que, directa o indirectamente, ha contribuido a la creación de dos espacios o realidades de estudio "claramente" diferenciadas: por un lado, el estudio de la realidad social y cultural como realidad "exterior" al individuo, y, por otro, el estudio de la realidad natural como realidad "interior" al mismo.

Y a esto hay que añadir, todavía lo siguiente. Seguramente, como dice Marcuse, hay actividades laborales que ofrecen un elevado grado de satisfacción, pero la masa de las formas de trabajo sobre las que la civilización descansa es de una clase muy diferente:

...la satisfacción en el trabajo diario es sólo un raro privilegio. El trabajo que creó y aumentó ya base material de la civilización fue principalmente trabajo con esfuerzo, enajenado, doloroso y miserable -y todavía lo es—. La realización de tal trabajo difícilmente gratifica... fue impuesto sobre el hombre por la necesidad brutal y la fuerza bruta; si el trabajo enajenado tiene algo que ver con Eros debe ser muy indirectamente, y con un Eros considerablemente sublimado y debilitado (Marcuse, 1970:97-98)."

¹⁴ Pese a lo señalado en el pasado, las enfermedades crónico-degenerativas no son producidas exclusivamente por el deterioro propio que acompaña a la edad (Éiscobar, *el al.* 2002). Desde hace algunos años se está observando que cada día es más frecuente la hipertensión arterial en personas jóvenes (Carrillo, 1989), precisamente en aquellas cuya actividad laboral flexible las ha sometido a numerosas exigencias, que les acarrearán estados constantes de estrés

⁵ Hros. trabajo enajenado y salud, es una contribución que esperamos someter, en breve, a la consideración de los lectores.